

**Testo tratto dal catalogo *Jorge Eielson. Arte come nodo / nodo come dono*,
Edizioni Gli Ori, Pistoia, 2008, pp. 146-147.**

©2008

COMUNICAZIONE

Sempre piú spesso dati, creazioni, stralci, e perfino interi testi pubblicati in internet vengono ripresi, copiati, utilizzati parzialmente o in toto senza preoccuparsi di citarne la fonte.

Noi chiediamo che venga rispettato il lavoro altrui.

Chiunque intenda attingere a questo documento è tenuto a indicare sempre la fonte, in accordo con le norme vigenti nazionali e internazionali sul copyright.

Grazie.

JORGE EDUARDO EIELSON COMO ARTISTA ADOLESCENTE

di Fernando de Szyszlo
Lima, Septiembre 2008

Antes de conocer a Eielson en 1945 ya había leído, y conservaba, “Reinos”, el primer conjunto de poemas publicado por el como separata, impresa en un papel verde, de la Revista Historia que publicaba el Dr. Jorge Basadre. Después me enteraría que el Dr. Basadre le había pedido a Javier Sologuren que le diera un conjunto de sus poemas para publicarlos en la revista.

Sologuren con la generosidad, el desprendimiento y el olfato para la buena poesía que guardó durante toda su vida persuadió a Basadre que antes de publicar los suyos imprimiera los de un joven poeta llamado Jorge Eduardo Eielson pues tenían una calidad que merecía ser conocida. Así fue que apareció “Reinos” y que en el número del mes siguiente aparecería “El Morador”, que también constituyó la primera publicación de un conjunto de poemas de Sologuren.

Fue por el propio Javier Sologuren que lo conocí. Fue una amistad instantánea, como la que estreché con Sologuren y con Sebastián Salazar Bondy; un reconocimiento instintivo de que luchábamos por las mismas cosas, que leíamos los mismos libros y admirábamos a los mismos artistas. Éramos lectores de Rilke, de Neruda, del “Cementerio Marino” de Valery y de Vallejo. En pintura descubríamos al mismo tiempo a Cexanne y a los cubistas. A las pocas semanas nuestro círculo se amplió, Sebastián trajo a Blanca Varela y a Raúl Deustua.

Sin duda que los que más nos interesábamos en artes visuales éramos Eielson, Sologuren y yo. Seguramente también la carencia de Museos y Galerías en la Lima de los 40's hizo que comenzáramos a frecuentar asiduamente el Museo de Arqueología de Magdalena, y a raíz de esas visitas, Jorge y yo llevamos nuestra afición hasta comenzar pequeñas colecciones de arte precolombino.

Frecuentábamos una platería en el Jirón de la Unión que se llamaba la “Casa Salazar”, en donde hicimos nuestras primeras adquisiciones. Debo aclarar que en la Casa Salazar lo precolombino estaba rezagado en un cuarto interior, al que nos conducía sorprendido por nuestro interés, el señor Salazar y donde nos enseñaba piezas Mochica, Nazca y Chancay.

Mi afición eran las telas pintadas de Chancay por su ejecución primitiva y su parentesco a ciertas obras de Miró y de Klee. Jorge compartía esa afición con su interés por las tallas coloniales. Es preciso aclarar de un lado que si nuestros recursos económicos eran escasos, de otro que las cosas precolombinas no costaban casi nada. Recuerdo que la primera tela pintada de Chancay y que

todavía está en casa de Blanca Varela, me costó 20 soles que al cambio de esa época era un poco más de 3 dólares.

Como Jorge Eduardo se interesaba cada vez más en las tallas y figuras coloniales, así terminábamos con él y Javier recorriendo los anticuarios que habían alrededor del Mercado Central de Lima.. Había uno magnífico, el Sr. Mazzini, que tenía tallas y maquinas y juguetes del siglo XIX que nos fascinaban. El cuarto de Jorge en su casa se fue llenando de huacos y Santos y Ángeles que al momento de su partida a Francia fueron un problema empaquetar.

Andábamos pues del Museo de la Magdalena (lugar del Museo de Arqueología) al Mercado Central y sus anticuarios y de ahí al Jirón de la Unión y los vendedores de arte precolombino. Más tarde , alrededor de las 7 de la noche caíamos a una peña de pintores que tenía el músico Raoul de Verneuil en un café de la Plaza San Martín. Era un café frecuentado por los pintores que en esa época, dominada por los “indigenistas” eran llamados “los independientes” por estar desvinculados y aún opuestos al grupo de José Sabogal.

Ahí conocimos a los pintores que hacían pintura moderna como Sérvulo Gutiérrez, Carlos Quispez Asín y Juan Manuel de la Colina. Recuerdo que Eielson tomó un interés especial en la pintura de De la Colina, en ese momento influenciado por Rouault, y cuyas formas oscuras y expresionistas exaltó en la columna que en ese tiempo tenía en el diario “La Nación” . De ese café nos íbamos caminando hasta la Peña Pancho Fierro en la Plazuela San Agustín en donde las hermanas Alicia y Celia Bustamante –Celia era casada con José María Arguedas- tenían instalada la mejor colección de Arte Popular que ha habido en el Perú, desgraciadamente después de la muerte de ellas dispersada.

La Peña Pancho Fierro era un lugar especial, en que si bien era la sede de la colección de las hermanas Bustamante era un punto de reunión en que se mezclaban pintores del grupo indigenista, Sabogal, Julia Codesido, la propia Alicia Bustamante con escritores amigos de José María Arguedas que no eran necesariamente indigenistas sino que habían sido compañeros de la Universidad de San Marcos de Arguedas pero que transitaban caminos más cercanos al surrealismo que a la literatura comprometida que la presencia de los “indigenistas” podía hacer suponer. Estaban allí César Moro y Emilio Westphalen que en los años treinta habían publicado una revista surrealista ,”el Uso de la Palabra” y ambos habían publicado ya valiosas colecciones de poesía y en el caso de Moro, también exposiciones de pintura. “Las Insulas Extrañas” y “Abolición de la Muerte” eran dos pequeños poemarios de Westphalen que marcaron unos hitos en la poesía peruana y latinoamericana.

En la Peña Pancho Fierro se encontraban pues la autentica búsqueda de raíces e identidad que impulsaba a Arguedas, en quien el idioma quechua era una lengua casi materna y cuya voluntad era hacer reconocer la actualidad y vigencia del mundo del altiplano peruano sin por eso desconocer las nuevas formas y los descubrimientos de la cultura contemporánea..

Alrededor del año 1944, en plena segunda guerra mundial, comenzamos a frecuentar diariamente la peña Eielson, Sologuren, Salazar Bondy, Blanca Varerla y yo.

Con el triunfo del Dr. Bustamante y Rivero en las elecciones de 1945, se comenzó a publicar un diario, “La Nación”, que defendiera la difícil posición de Bustamante, elegido por una debil unión de centro izquierda que incluía a gente de centro, con la izquierda no-comunista que representaba el APRA. Como desde su inauguración el gobierno de Bustamante comenzó a recibir un fuego cruzado de la derecha que por primera vez temía y en realidad comenzó a perder sus privilegios y la extrema izquierda que al poco tiempo con el apoyo del APRA intentaban derrocarlo, fue preciso hacer un diario que sustentara la posición del gobierno. Se creó “La Nación” que dirigía el Dr. Jorge Basadre y que tenía como Jefe de Redacción al poeta Raúl Deustua. Javier Sologuren tenía una columna diaria que se llamaba “Testimonio del espíritu” y el diario tenía por primera vez en el

Perú una página cultural cotidiana en la que Jorge Eielson escribía la crítica de arte y en la que tenía también una columna de comentarios sobre temas diversos.

Cuando el General Odría –quien luego no tendría escrúpulos en derrocarlo al gobierno democrático e instituírse como dictador en 1948- era Ministro del Interior de Bustamante, en su columna Eielson publicó una nota en que decía que después de los desfiles militares las calles huelen a excremento de caballo. Esta nota provocó la ira del General Odría quien se presentó persona en el periódico a gritar y preguntar quién se había atrevido a escribir esos insultos a las fuerzas armadas. Discretamente se suprimió la columna de Eielson pero siguió colaborando como crítico de arte.

En Mayo de 1947 Jorge Eduardo publicó en “La Nación”, a página completa, una nota muy generosa sobre mi primera exposición, fue un mes interesante en la magra vida cultural de Lima de la época. Emilio Westphalen con su propio esfuerzo publicó el primer número de la revista “Las Moradas” que habría de ser una de las más importantes revistas que se han publicado nunca en el Perú. En ese mismo mes publicó su manifiesto la “Agrupación Espacio”, un grupo principalmente de arquitectos al que se aunaron escritores y artistas para proclamar su lucha contra la arquitectura neocolonial que se hacía en el Perú, y en que se exaltaban los valores de la arquitectura contemporánea y las conquistas del arte moderno en todos sus aspectos.

Si alguna vez viví una bohemia fue en esos años entre 1945 y 1949 en que partí para París. En general después de asistir a la Peña Pancho Fierro íbamos al Café del Restaurante El Patio, frente al Teatro Segura y nos encontrábamos con Sérvulo y otros pintores; cuando la Compañía de la actriz española Margarita Xirgú exiliada en Buenos Aires venía a Lima nos reuníamos allí después de la función nocturna con los actores y actrices del grupo: recuerdo Pilar Muñoz, Edmundo Barbero, don Paco Lopez Silva, el escenógrafo de la Xirgu, Santiago Ontañón. Como la atmósfera política estaba muy cargada había discusiones y hasta, alguna vez, riñas con grupos apristas, reuniones que podían terminar muy tarde en un chifa del barrio chino.

Jorge Eduardo Eielson sin embargo, era misterioso, presentamos en él una vida aparte que nunca llegábamos a descifrar. Algunas veces confesaba encuentros con señoras de una generación anterior que conocíamos vagamente, pero en general era, repito, misterioso y de la misma manera que nos podíamos amanecer con Sérvulo en un café del Pasaje Olaya, que no cerraba nunca, podía también desaparecer por días sin dar señales.

Desde que aparecieron sus primeros poemas tuvo en sus lectores un éxito fulminante. Para nosotros, sus amigos más cercanos, siempre tuvo el prestigio de una persona con unas dotes excepcionales y lo teníamos por poeta fuera de serie. Ya en esa época pintaba pero al principio solamente con lápices de colores sobre papel. Eran unos cuadros llenos de poesía que en general representaban a personajes presentados en una forma cercana a una manera surrealista.

En esos años descubrimos el libro “Universalismo Constructivo” de Joaquín Torres García y con él la pintura que hacía y que encontramos muy interesante. El constructuismo de Torres de alguna manera nos acercaba al arte precolombino y una reproducción del “Monumento Cósmico” del Parque Rodó en Montevideo nos deslumbró. Jorge hizo una madera trabajada y pintada y pirograbada que llamó “La Puerta de la Noche” en que es evidente la impresión que produjo en él la escultura de Torres García.

Ese año, 1948, Jorge ganó una beca para ir a París y a propuesta del dueño de la Galería de Lima, Francisco Moncloa, hicimos una exposición simultánea Jorge y yo en su Galería. Cada uno ocupaba una de las dos salas que constituían la Galería. En ambas muestras habían pinturas y objetos (Objets trouvés). Yo presentaba unas esculturas que eran ensamblajes hechos con huesos de ave encontrados en la playa, recuerdo que una de ellas se llamaba “Gimnopedia” y era un homenaje a

Eric Satie y Jorge presentaba además de muy hermosos dibujos coloreados, su escultura “La Puerta de la Noche” que Blanca Varela y yo adquirimos. Al poco tiempo ella, Javier Sologuren y yo lo acompañamos al Callao donde se embarco en el carguero francés “Port en Bessin” con rumbo a Paris. De ese viaje, salvo breves visitas nunca regresaría a vivir al Perú, pero siempre en su obra se percibe un vínculo real con su paisaje y con su pasado.

En el segundo número de “Las Moradas” Eielson publicó un artículo titulado “Rimbaud y la conducta fundamental” que me parece ser una suerte de enunciación de principios y propósitos a los cuales su vida futura será leal y que muestran hasta qué punto veía él claramente lo que quería hacer y de qué manera hacerlo.

Cuando uno relee el artículo tantos años después es difícil separar las citas de Rimbaud de las frases del propio Eielson.

En ese artículo escrito en 1947 dice Eielson : “ Verdaderamente Rimbaud es incapaz de tener fe en nada; aparte de la propia dinámica raigal que informa su proceder y que regula la ardiente soledad de sus actos, él padece de esa “intolerancia de los lugares”... intolerancia o repugnancia reveladora de su condición humana distinta a todo sometimiento y reacia a él. Su estancia en la tierra es todo lo libre que se pudiera desear. Sin embargo su libertad no la ejercita en defensa de ninguna de las instituciones terrenales. Es simplemente a la “libertad libre”, al ente libérrimo sustancial, cerrado en sí mismo, al ser inmanente de la libertad al que él ama.”

Toda su vida fue testimonio de esa búsqueda de esa conducta fundamental a cuya conquista tercamente, durante 80 años se aferró. Ahora ha alcanzado esa suprema justicia: la nada.